

André Gorz: revisitando la noción de trabajo

Presentación

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA

La obra de André Gorz empieza con la publicación de una novela existencialista autobiográfica –*El traidor* (1958), prologada y alabada por Sartre– y termina con una carta de amor dedicada a su esposa enferma –*Carta a D.* (2006), escrita poco antes de que ambos decidieran suicidarse– que comienza con estas conmovedoras palabras: «Acabas de cumplir ochenta y dos años. Has encogido seis centímetros, solo pesas cuarenta y cinco kilos y sigues siendo bella, elegante y deseable. Hace cincuenta y ocho años que vivimos juntos y te amo más que nunca. De nuevo siento en mi pecho un vacío devorador que solo colma el calor de tu cuerpo abrazado al mío».¹ Entre medias, una vasta obra que le sitúa entre los pioneros del ecologismo político y el ecosocialismo. Sin embargo, en la carta a su esposa se pregunta por qué siendo ese vínculo lo más importante de su vida ha estado tan poco presente en su obra. Pues bien, a esas otras preocupaciones concernientes a la teoría política y la crítica social, a las que el autor concede una importancia relativamente menor, van dirigidos los siguientes comentarios.

Fueron muchos los frentes políticos e intelectuales de André Gorz. Sin menosprecio de su etapa y énfasis existencialistas, interesa aquí destacar su vertiente de crítico social. En este campo, Gorz fue marxista, si bien de una manera indudablemente heterodoxa. En el núcleo de su pensamiento se encuentra la denuncia a la razón productivista que tan alegremente asumió la izquierda dominante, incluida la considerada anticapitalista, y una apuesta por la democracia económica y la autogestión obrera. Suya es la idea de las «reformas revolucionarias», con la que

¹ André Gorz, *Carta a D.*, Paidós, Barcelona, 2008, p. 7.

designa aquellas innovaciones que, aunque no alteran el *statu quo* de la noche a la mañana, con el tiempo nos conducen a otro sistema. Sus análisis sobre los cambios que en el capitalismo estaban transformando los procesos productivos, la estructura social y la cultura, la lucha y el horizonte político del proletariado no sentaron muy bien a determinados sectores de la izquierda. La lucidez con la que percibió la hondura de la crisis de la relación salarial en Occidente le llevó a postular una utopía en la que el fin de la sociedad del trabajo da paso a una «sociedad de la multiactividad», en la que esas actividades múltiples, al no ser obligadas o impuestas, se convierten en fuentes de satisfacción que incrementan la calidad de vida de las personas.

Los vientos de cambio asociados a la principal mutación que está experimentando el capitalismo contemporáneo podrían empujar en esa dirección, según Gorz. En los últimos años de su vida, supo anticipar de manera lúcida los límites y contradicciones del capitalismo digital. La valorización del conocimiento es tan antigua como el capitalismo. La llamada sociedad del conocimiento no se distingue de otras etapas del capitalismo en este aspecto. La diferencia reside en que antaño dicha valorización se realizaba a través de la aplicación de los conocimientos “muertos” que se encontraban incorporados en los procedimientos y en la maquinaria. Ahora, sin embargo, cualquier conocimiento formalizable se puede separar de la máquina y reproducir de forma casi gratuita con la ayuda de un *software*. Cuanto más se difunde, mayor utilidad social adquiere; pero esto va en contra de la posibilidad de valorizarlo, pues su valor mercantil disminuye a medida que se difunde, tendiendo a cero. La única salida razonable a esta contradicción es la apuesta por el procomún, esto es, la defensa del conocimiento digitalizado como un recurso accesible a todas las personas de manera que, como señalan los cánticos comuneros de la vieja Castilla, «vuelva común al pueblo lo que del pueblo saliera».

Sabemos desgraciadamente que las promesas de la comunicación libre y el conocimiento compartido se alejan en la misma medida en que avanza la implantación de los monopolios tecnológicos y se hacen más complejos y sofisticados los mecanismos de extracción de datos de los usuarios, propiciando sociedades cada vez más vigiladas y mercantilizadas. El potencial de la utopía continúa latente, pero la posibilidad de su realización requiere arrumbar el capitalismo, entendido no únicamente como un sistema económico, sino también como una civilización o, más precisamente, un modo de vida.

Sobre este aspecto, Gorz sigue siendo un autor actual y sugerente. Para él la crítica al capitalismo debe tener presente la capacidad para planificar las necesidades y los deseos de la población de acuerdo con los imperativos de la acumulación. Que existe dominación y explotación en el ámbito del trabajo es indudable por consustancial al sistema, pero no debería resultar menos evidente que también somos dominados a través de los pensamientos y los deseos. Más aún en la era digital, en la que las tecnologías no solo permiten una nueva vuelta de tuerca en la conformación de las preferencias individuales sino también una anticipación en los comportamientos. La sociedad no podrá cambiarse *solo* desde dentro del proceso de la producción ni las luchas en ese ámbito son las únicas y decisivas. En el modo de vida de una civilización capitalista compleja e hipertecnológica las luchas presentan múltiples frentes y no se reducen a un único conflicto central.

Para emanciparse del capitalismo son necesarios espacios de autonomía que combatan la heterónoma disposición que el sistema impone sobre nuestras vidas. La esfera de la autonomía y la revisión de la noción de trabajo se convierten para Gorz en elementos centrales del intento de pensar modos de vida alternativos. En la revisión de la noción de trabajo, toma distancia con la interpretación predominante dentro del marxismo. El concepto de trabajo es para él una invención moderna y como tal representa una categoría sociohistórica muy alejada de cualquier posible exégesis antropológica. Según Gorz, la noción de trabajo adquiere su significado actual cuando se imponen las actividades de producción y consumo mercantil y aparece como una prestación mensurable e intercambiable. La “invención del trabajo” es el resultado del imaginario economicista con que el capitalismo lo envuelve todo.

Para diferenciar al trabajo de otras actividades que no lo son, Gorz sondea el sentido de estas: cuando presentan un carácter eminentemente instrumental a otros fines, son trabajo; pero si tienen sentido por sí mismas, entonces nos encontramos ante otro tipo de actividad diferente del trabajo. De nuevo, esta dicotomía entre actividad con sentido y actividad instrumental remite a la dialéctica entre autonomía y heteronomía o, si se prefiere, a la discusión acerca de la realización o la alienación a través de la actividad.

Posiblemente esta distinción sea más problemática de lo que parece y, más que ayudar, impida arrojar suficiente luz sobre la condición del trabajo en las socieda-

des actuales. No obstante, es un buen correctivo a la tendencia –tan propia de nuestros días– de fetichizar el trabajo e inspiradora para pensar otras formas de vida y de procurarse el sustento.

Una buena sociedad no es aquella en la que más se trabaja. Más bien, al contrario, una sociedad que consiga restringir el tiempo dedicado a producir lo necesario y que reparta de forma justa esa responsabilidad entre todas las personas sin discriminaciones de origen, clase o género parece a todas luces más justa y sostenible que las actuales sociedades que nos empujan con frenesí competitivo hacia horizontes productivistas en los que poco importan las discriminaciones y los límites ecológicos.

Una sociedad plena donde se haga posible la vida buena es una sociedad liberada de alienaciones y dependencias. Este proyecto de sociedad, bosquejado por Gorz en *Metamorfosis del trabajo* (1988) y en *Miserias del presente, riqueza de lo posible* (1997), aboga por recuperar la utopía que Marx vislumbró: una sociedad liberada del empleo asalariado y en la que el trabajo socialmente necesario queda restringido lo máximo posible y compartido con justicia. Solo así será posible liberar un tiempo que se podría dedicar a otros menesteres más provechosos y enriquecedores para una vida plena o de calidad. El resultado de esa utopía no sería, pues, una sociedad de ocio mercantilizado, sino una sociedad de tiempo liberado para desplegar una multiplicidad de actividades autodeterminadas de manera colectiva y democrática que, en cuanto fuente de satisfacción, contribuyen de manera inequívoca al bienestar y a la calidad de vida.

La pérdida de centralidad del trabajo asalariado, la degradación de su función socializadora como consecuencia de la precarización y el cuestionamiento de los derechos sociales asociados a la relación laboral, la reivindicación del reparto equitativo de las cargas y responsabilidades que ni se visibilizan ni se pagan, así como la defensa de una sobriedad que cubriendo lo necesario permita a la vez disfrutar de lo suficiente sin cargarnos el planeta, deberían ponernos tras la pista de debates –como el del reparto y reducción de las jornadas de trabajo (de todos los trabajos, no solo de los remunerados), la renta básica o el empleo garantizado– que pese a su interés, sin embargo, no llegan a formar parte de la conversación social. Recuperar la obra y pensamiento de André Gorz puede contribuir a que eso cambie.